

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS
DE LA UNIVERSIDAD JUÁREZ DEL ESTADO DE DURANGO

06

ENERO-DICIEMBRE
2014

Revista de Historia de la Universidad Juárez del Estado de Durango, Año 6, núm. 6, enero-diciembre 2014, es una publicación anual editada por la Universidad Juárez del Estado de Durango, a través del Instituto de Investigaciones Históricas. Boulevard del Guadiana 501, C.P. 34120, Durango, Durango, México. Teléfono (618) 827-12-41, www.ujed.mx, historicas@yahoo.com. Editor responsable: Ma. Guadalupe Rodríguez López. Reservas de Derechos al Uso Exclusivo No. 04-2009-111211401600-102. ISSN: 2007-3852. Licitud de Título y Contenido No. 14936, otorgado por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. Permiso SEPOMEX No. PP10-0007. Impresa por MGM Impresos, éste número se terminó de imprimir el 30 de diciembre de 2014 con un tiraje de 1000 ejemplares. Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación. Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin previa autorización del Instituto Nacional del Derecho de Autor.

REVISTA DE
HISTORIA
DE LA UNIVERSIDAD JUÁREZ DEL ESTADO DE DURANGO

EL EXTERMINIO DE LOS CHIZOS, SISIMBLES, ACOCLAMES Y COCOYOMES DEL BOLSÓN DE MAPIMÍ

*Chantal Cramausse*¹



1. Investigadora de El Colegio de Michoacán.

Hay muchos grupos de indios en el actual norte de México cuya historia se desconoce.² Es el caso de los chizos, que aparecen de manera constante en las fuentes desde, cuando menos, mediados del siglo xvii hasta los años treinta de la centuria siguiente. Estos indios eran conchos que vivían sobre todo de la caza y recolección al sur del río del mismo nombre y no se sometieron tan fácilmente a los invasores europeos como los demás conchos que radicaban a lo largo de la corriente del mismo nombre y fueron *encomendados* a los labradores de San Bartolomé y después a los hacendados de Chihuahua (Cramaussel, 2006:205-219). Por otra parte, resultaría ocioso tratar de distinguir los chizos de los sisimbles, acoclames y cocoyomes, ya que eran grupos pequeños que se encontraban todos emparentados y llegaban a convivir en el altiplano desértico durante largas temporadas.

Los españoles cambiaban con frecuencia de nombre a las distintas «naciones» de indios para diferenciar las que estaban en paz de las que seguían en guerra, y tal vez también los propios nativos pretendían pertenecer a grupos distintos para no ser molestados. Los conquistadores comenzaron, por ejemplo, a llamar «acoclames» a los antes calificados de tobosos, cuando éstos se rindieron y pidieron la paz. Desaparecieron de la misma manera los salineros, o tepehuanes del desierto (Álvarez, 2000; Cramaussel, 2000). Los acoclames eran también chizos, aunque ya no se les decía así a partir del momento en que estos últimos se rebelaron a principios del siglo xviii. Conformaban parcialidades del mismo grupo los sisimbles, que estaban rancheados más al norte, y los cocoyomes, que se extendían desde el Río Bravo hacia el Nazas. Todos mantenían relaciones con los coahuileños, que se ubicaban hacia el este de la Nueva Vizcaya. Cada una de esas bandas tenía sus propios jefes y había establecido sus rancherías en el oriente de los actuales estados de Durango y Chihuahua y al noroeste de Coahuila, en las orillas y el interior de la región actualmente identificada como «Bolsón de Mapimí».

Es de sobra conocida la importancia de las alianzas que tejió Cortés con indios enemigos de los mexicas para conquistar el

2. No soy, desde luego, la primera en tratar de reseñar la evolución de esos grupos que habitaban la parte más desértica del septentrión novohispano. El investigador que más ha trabajado acerca de ese tema es William Griffen, 1969 y 1979. Sin embargo, este autor quiso abarcar toda la época colonial y estudiar todos los grupos de indios, una tarea titánica que habría que retomar, escogiendo periodos de tiempo más cortos y espacios más reducidos, como trato de hacerlo en el presente artículo para los indios mencionados en el título del mismo. Griffen (1979:31) demuestra que los chizos eran conchos.



Esta pintura anónima, del siglo XVIII, representa como lo dice su título a un «Chichimeco natural del partido del Parral», se encuentra en el Museo de América de Madrid, España. Muestra la fiera que se atribuía en general a los indios del septentrión, llamados en bloque «chichimecas». Estos indios se caracterizaban por su desnudez y por su hábil manejo del arco. Nótese la larga cabellera de este personaje, la pluma en su cabeza y la pintura con la que se adornó el rostro. Bien podría haber pertenecido este indio a los aguerridos grupos del Bolsón.

Anáhuac. En el norte novohispano se ha investigado sobre todo el papel de los tlaxcaltecas en la colonización, pero no se ha valorado lo suficiente la continua ayuda militar que brindaban a los españoles los indios amigos o auxiliares asentados en las misiones. Sin las tropas de conchos y tarahumaras amigos, los conquistadores nunca habrían podido vencer a los demás indios. Sorprende no sólo la continua participación de los indios auxiliares provenientes de las misiones, sino también el tamaño de los ejércitos desplazados, así como el esfuerzo bélico que implicaron para la sociedad de frontera en conjunto esas guerras de exterminio.

Se cree generalmente que las sublevaciones indígenas cesaron en el siglo XVIII. En realidad, sólo se desplazó la actividad bélica hacia el este y noreste de la Nueva Vizcaya central, donde la colonización, a lo largo del Río Bravo y en la junta de los ríos Conchos y Bravo, era más reciente. Si las rebeliones del noreste de la Nueva Vizcaya son menos conocidas, es tal vez porque los rebeldes se mantenían en tierras que eran en buena parte áridas, poco atractivas para los españoles, donde las misiones eran muy escasas.

Me centraré en las acciones de guerra emprendidas por los españoles contra los indios alzados y los principales ataques perpetrados por estos últimos con base en la abundante documentación conservada en el archivo de Hidalgo del Parral, Chihuahua.³ Los ataques a los indios se detallan con exactitud porque dan pie a campañas punitivas que tiene que costear la Real Hacienda con el fondo de paz y guerra. Las reducciones de los rebeldes en misiones o presidios se reportan también con precisión porque los indios que pedían la paz recibían regalos que sufragaba también el rey. Contiene esa documentación muchos interrogatorios de cautivos que tienen que informar acerca de los indios enemigos, pero sus confesiones, tal vez obtenidas bajo tortura, deben ser tomadas, desde luego, con cautela. Se les achaca una participación en todas las muertes y asaltos, ocurridos a veces años atrás, cuando es muy probable que existieran otras bandas de abigeos distintas, y no forzosamente indias, que aprovechaban la situación de violencia reinante, como sucedió décadas después durante las guerras contra los apaches.⁴

3. Al escribir un artículo acerca de la compañía volante de campaña de Valle de Allende, que se encuentra en prensa, me di cuenta de la inmensa riqueza del archivo de Parral acerca del tema aquí analizado. Agradezco mucho la ayuda invaluable de Rita Soto, quien me hospedó en Valle de Allende, y a Roberto Baca, el director del Archivo Histórico Municipal de Parral (AHMP), quien desde hace tiempo llamó mi atención acerca de la gran cantidad de documentación sobre las rebeliones en el acervo a su cargo. Doy igualmente las gracias a Manuel Rosales, director del Centro Cultural Casa Camargo, en Ciudad Camargo, Chih., quien me proporcionó también documentos de interés.

4. Ortelli, 2007. La autora señala el Bolsón como una región de donde parten muchas de las correrías apaches.

EL ESPACIO Y EL CONTEXTO

A finales del siglo xvii, al este de las haciendas de Güejuquilla, Dolores y Tierra Blanca, sobre el Río Florido, no había ninguna estancia de españoles y mucho menos labores. Pero era una zona muy transitada por los indios que iban a recoger la sal en las inmediaciones de la laguna de Jaco, hoy todavía en explotación, y probablemente también más al sur, en el lugar donde se ubicaban actualmente las llamadas «Salinas del rey». En Nueva Vizcaya —contrario a lo que sucedía en las llanuras costeras del Pacífico o en Peñón Blanco, ahora en el estado de San Luis Potosí—, la Corona no nombraba a ningún asentista para cosechar la sal, sino que este trabajo recaía exclusivamente en los indios. En los siglos xvi y xvii, eran llamados «salineros» los tepehuanes que se dedicaban a ese oficio. Los colonizadores necesitaban grandes cantidades de sal, sobre todo para el beneficio de la plata, tanto por fundición como por amalgamación con mercurio. Aunque se decía que la sal de mar era mejor que la sal tierra que se junta en las cuencas endorreicas del altiplano desértico, los mineros recurrían también a esta última porque era mucho más accesible. Es probable que la siguieran obteniendo de los indios en el siglo xviii, pero se carece de investigación al respecto.

Alrededor del Bolsón de Mapimí, donde se localizan esas salinas, hay muchas sierras que contienen aguajes donde crecen los agaves y en las que se puede cazar el venado y hacer mezcal de lechuguilla; además de las del Diablo y de Sierra Mojada, se alude a muchas otras, como la de Batuecas, de Bauz, del Vizcaíno o de Jicorica. Aunque esos lugares no permiten sostener una población amplia, eran los sitios predilectos de ciertos grupos de indios, como los cocoyomes o los acoclames. Los nativos recorrían los más de 300 kilómetros del Bolsón de este a oeste, y tejían alianzas entre sí y con los que moraban al oriente del mismo, con los coahuileños en los alrededores de Santiago de Monclova y con los de la misión de Santa Rosa de los Nadadores, que administraban los franciscanos, y más al norte con los sisimble y los chizos. Tuvieron también que haber estado en contacto con los conchos asentados en las misiones del Conchos, aunque, fuera de las de La Junta, no se ha encontrado referencia al respecto en la documentación consultada. Ese territorio en gran parte desértico y que

corresponde hoy al llamado Bolsón de Mapimí estaba rodeado de presidios a principios del siglo XVIII. Del lado oeste estaban los presidios de Mapimí, El Pasaje, Cerro Gordo y El Gallo, a lo largo del camino real; del lado este se fundaron los de Santiago de Monclova (también llamado «presidio de Coahuila») y de Santa Rosa del Sacramento (hoy Múzquiz, Coahuila).

La principal ranchería de los acoclames se localizaba en la Sierra Mojada (ahora en el estado de Coahuila). «Corrían vacas mesteñas» para su sustento y recogían mezcal; cuando éste se acababa en la Sierra Mojada, iban a la Sierra del Diablo, al este de la actual Ciudad Jiménez. Los cocoyomes estaban establecidos al sur del Río Bravo, recorrían la región de los coahuileños, con los cuales estaban también emparentados, y se reunían en los alrededores de El Pasaje y de la misión de Cinco Señores, en el río Nazas. Eran todavía numerosos en 1705, aunque se habían muerto muchos cuando el capitán de Monclova, con los coahuileños, les tendió una trampa, invitándolos a un convite de peyote; ya «atarantados» los asesinaron y «bailaron sus cabezas».⁵

A principios del siglo XVIII, el jefe de los acoclames era El Ración, y el de los cocoyomes, Lorencillo, también llamado «Lorenzo yaqui», pero no se sabe si era un sobrenombre o si ese personaje tenía algo que ver con los yaquis, numerosos entre los trabajadores de las haciendas en esa época. Estos dos hombres se habían enemistado un tiempo después de pelear en un juego, pero pronto se reconciliaron. Se trataba de grupos relativamente pequeños; los acoclames eran unos 250 en 1705, incluidos 33 guerreros de arco y flecha; los cocoyomes, en cambio, no pasaban de 70 por «una enfermedad [de] que murieron muchas mujeres y muchachos las aguas pasadas» (es decir, en 1704, porque los indios contaban los años en estaciones de lluvias).

Los acoclames tenían amistad con los indios de Atotonilco, cerca de Tepehuanes; en una ocasión habían ido a bailar y cantar con ellos toda la noche.⁶ Se unían a veces también con los coahuileños de la misión de Santa Rosa de Nadadores, con los cuales se relacionaban igualmente por parentesco.

En Sierra Mojada los acoclames tenían tratos con los chizos gentiles, cuyas rancherías se ubicaban por Acatita de Baján, a unos 30 kilómetros al sur de Monclova. Les intercambiaban a los chizos pieles y les entregaban mujeres para que se casaran con va-

5. AHMP.FC.C11.13.138, 1705. «Autos contra los ococlames, cocoyomes y otras naciones aliadas por rebeldes a la real Corona».

6. AHMP.FC.C11.13.138, 1705. «Autos contra los ococlames, cocoyomes y otras naciones aliadas por rebeldes a la real Corona».

7. AHMP.FC.C11.13.41, 1705. «Juicio del indio Ignacio, de nación sisimble, quien es capitán de los gavilanes».

8. AHMP.FC.C11.14.158, 1715. «Autos de guerra contra los indios cocoyomes y acoclames».

9. AHMP.C.11.015.165, 1717. «Sublevación que intentan hacer los indios chizos, sisimbles y demás sus aliados contra la real Corona», y C.11.015.164, 1717. «Comunicaciones oficiales referentes a lo que hacen los indios enemigos de las naciones acoclame, cocoyome, chizo, sisimble y sus aliados».

10. AHMP.C11.13.138, 1705. «Autos contra los acoclames, cocoyomes y otras naciones aliadas por rebeldes a la real Corona».

11. Un mulato y un labrador del Valle de San Bartolomé (Santiago Delgado) son intérpretes en el proceso del indio preso acoclame, de 1705. También interviene el soldado del presidio de Cerro Gordo, Diego de Estrada, quien conoce el acoclame; en 1721, traduce también el cocoyome, y el mestizo Joseph Zambrano habla el chizo y el sisimble (ver más adelante). Un concho habla sisimble también en el juicio del indio Ignacio, de 1705.

rones de su nación. A principios del siglo XVIII, 12 chizos con sus familias vivían entre los acoclames, pero, después de un enfrentamiento con los españoles en Sierra Mojada, los chizos huyeron.

Los sisimbles que eran chizos habitaban el norte de la región y pasaban tiempo con los acoclames, «sus parientes». Los gavilanes, por su parte, eran sisimbles.⁷ Se dice que los sisimbles no tenían pueblo y salían a la cíbola «a matar carne» (de bisonte).

Sisimbles, chizos, acoclames y cocoyomes se reunían una vez al año para hacer cambalaches e intercambiar, entre otras cosas, las pieles de bisontes (cíbolos), que llevaban chizos y sisimbles, por las de venado (gamusas) de los acoclames y cocoyomes. Conocían todos el sitio de Macagua, lugar habitado por los sisimbles en el Río del Norte, en el que recogían tunas y dátiles.

Los grupos de indios que hablaban variantes de la lengua concha, se identificaban a veces por el tipo de arcos y flechas que usaban. Aclaraban los españoles —en 1716— que se reconocían las flechas de los acoclames y cocoyomes porque eran de lechuguilla y estaban adornadas con una raya «aculebrada».⁸ Los sisimbles, por su parte, tenían flechas de carrizo y algunas de lechuguilla.⁹ Los chizos usaban arcos de Brasil y flechería también de carrizo.¹⁰ El carrizo crecía mejor cerca del Río del Norte, donde estaban estos dos últimos grupos, mientras que en las sierras interiores del altiplano abundaba la lechuguilla.

Tanto los españoles como los acoclames y cocoyomes tomaban cautivos que les servían de criados y que intercambiaban cuando sellaban la paz. Había un conocimiento mutuo y múltiples intercambios voluntarios o forzados entre los integrantes de la sociedad colonial y los indios que se encontraban fuera del dominio del rey. Los indios tenían relaciones de compadrazgo con los capitanes de presidio y con los hacendados que estaban en frontera de la zona colonizada. Los intérpretes que interrogaban a los presos eran a menudo de sangre mezclada o españoles.¹¹ Los indios llamaban por su nombre a todos los asentamientos de la región y utilizaban armas de fuego. Dos acoclames tenían arcabuces en 1705 y tiraban con «la pólvora y las balas que quitan a los que matan»; con el metal de un tercer arcabuz habían confeccionado cuchillos que empalmaban en palos largos, a manera de lanza. Unos indios se encontraban asimilados a la sociedad colonial,

mientras que había cautivos entre los indios, así como mulatos y negros huidos de las haciendas o de sus amos.

ASALTOS, CAMPAÑAS PUNITIVAS Y EXTERMINIO

Los acoclames se unieron a los salineros, tobosos y tarahumares que ensangrentaron la Nueva Vizcaya a mediados del siglo xvii.¹² Volvieron a alzarse en los años setenta con los cocoyomes y de nuevo en los ochenta junto con la totalidad de los conchos. El gobernador Pardiñas, en 1693, declaraba:

Respe[c]to de mantenerse entera la nación rebelde de los cocoyomes con otras de menos cuantía que la siguen se continúe con ellos la guerra ofensiva, y que para ese efecto anden en continuo movimiento en las tierras de los rebeldes, los presidios que se mantienen en aquellas partes, sin que tengan lugar fijo en que residir, pues no basta la defensiva para conseguir la quietud de la tierra y seguridad del comercio (cit. en Porrás Muñoz, 2006:276).

Sus parientes, los acoclames, pidieron la paz en 1698. Fueron congregados en San Buenaventura de Atotonilco (hoy Villa López, Chih.) y en el presidio de San Francisco de Conchos. Atotonilco era una misión franciscana situada en el río Conchos, al oeste del desierto hoy llamado chihuahuense y al pie de la Sierra del Diablo, donde los acoclames habían establecido campamentos. Junto al presidio de San Francisco de Conchos estaba una misión del mismo nombre que administraban los franciscanos.

Sin embargo, los acoclames huyeron de San Francisco de Conchos a los cinco días, llevándose parte de la caballada, y pasaron a ser considerados de nuevo como enemigos de la Corona a partir de entonces. A pesar de haber recibido regalos (frezadas, listones, santos y navajas) cuando se asentaron en la misión, le creyeron a un indio gentil que se introdujo en el presidio para avisarles que los iban a matar y que debían reunirse con los de su nación que se habían negado a ir a vivir a Conchos, con el fin de salvar sus vidas.

12. Ver, por ejemplo, AHMP. FC.c11.002.021, 1652. «Expediente sobre la guerra que se hizo contra las naciones alzadas: tobosos, ococlames, nonojos, cabezas, salineros y tarahumares».

13. AHMP.C11.13.138, 1705. «Autos contra los acoclames, cocoyomes y otras naciones aliadas por rebeldes a la real Corona». Interrogatorio de un indio acoclame tomado preso que fue condenado a la pena capital. Recorrieron Mapimí, Cerro Gordo (Villa Hidalgo, Dgo.), Indé, El Florido (hoy Villa Coronado, Chih.), Parral, Todos Santos, Santa Bárbara, Valle de San Bartolomé, Atotonilco, Chancaple, Huejotitán, San Felipe, y las haciendas de la jurisdicción de San Bartolomé, como Santa Cruz de Neira, Sombreretillo, La Concepción, etc. También merodeaban por los poblados de Coahuila que estaban del otro lado del Bolsón de Mapimí. Conocían muy bien Monclova y la Sierra de Baján.

14. AHMP.FC.C11.13.138, 1705. «Autos contra los acoclames, cocoyomes y otras naciones aliadas por rebeldes a la real Corona».

15. AHMP.C11.015.165, 1717. «Sublevación que intentan hacer los indios chizos, sisimbles y demás aliados contra la real Corona».

16. AHMP.FC.C11.13.145, 1708. «Sobre la paz que vinieron a dar los indios acoclames».

Los acoclames pasaron a atacar rancherías para hurtar mulas y caballos con que alimentarse y para que les sirvieran de monturas. No dudaban en matar a quienes cuidaban las bestias que codiciaban o a los que trajinaban por el camino real para hacerse de más equinos. Irrumpían en todos los asentamientos de los valles y del altiplano.¹³ El último gobernador del siglo XVII, Juan de Larrea, recibió de paz, en 1699, a 30 tobosos en Atotonilco y a 300 chizos en Conchos, pero tampoco permanecieron en esos lugares (Porras Muñoz, 2006:251).

Acoclames y cocoyomes perdieron una batalla de la sierra de Las Cañas en 1703 en la que participaron tal vez cientos de ellos. Se recordaba, años después, que en esa ocasión fallecieron muchos: «ya son pocos y les han muerto muchos en pocos años en peleas». Unos chizos participaron en la contienda del lado de los españoles, pero los que seguían del lado de los rebeldes les reclamaron: «conocieron a los chizos que estaban con los de su nación y les dijeron para qué estaban con aquellos que se fueran a su tierra o se vinieran con ellos».¹⁴ Este tipo de división entre indios que hablaban el mismo idioma y pertenecían al mismo grupo era muy común, y los españoles aprovecharon, desde luego, esas discordias internas.

Los indios alzados no mataban sólo a los españoles: acababan también con la vida de los aliados de estos últimos, a veces con suma crueldad. En 1703, el gobernador de los chizos fue asesinado por los sisimbles al regresar de México, a donde había ido a hablar con el virrey para pedir la paz. Los agresores se comieron su hígado crudo, hicieron tasajos con el resto de su cuerpo y entregaron a los dos hombres que lo acompañaban a los cocoyomes, para que los mataran «a su gusto», pero los cautivos se escaparon aprovechando que se hallaban parientes chizos entre los cocoyomes.¹⁵ La alianza de los españoles con los chizos y con los acoclames (que también eran chizos) era, por lo tanto, muy frágil, ya que había indios de esas mismas naciones en los dos campos. En 1704, los acoclames pidieron la paz, pero finalmente no llegó la gente, a pesar de que a los mensajeros se les entregaron regalos, como en otras ocasiones, lo cual se consideraba como un engaño por parte de los españoles.¹⁶

Los chizos gentiles y sus aliados organizaban grandes reuniones, como sucedió en 1704 cerca del Río Bravo. En Macagua se

juntaron ocho «naciones» para «darles tlatole» a los españoles durante la cuaresma o cuando hubiera menos soldados.¹⁷ Pero esta versión fue negada por los mismos presos, cuyas declaraciones habían sido mal traducidas. Al ratificarlas por medio de un concho que sí comprendía bien su lengua, resultó que los sisimbles querían preparar un ataque contra los apaches, con los cuales solían «tener sus peleas».¹⁸

Otro enfrentamiento militar de consideración tuvo lugar antes de 1705 en la Sierra Mojada, donde murieron 22 acoclames y cocoyomes. En esa derrota militar fallecieron muchos «por efecto de la yerba y pelotería de los soldados como lo demostraba la sangre que ellos vertían». Se trataba de flechas envenenadas que disparaban tanto los indios auxiliares como los soldados. De nuevo, combatieron del lado de los españoles 50 sisimbles que estaban emparentados con los sublevados.

El domingo 30 de noviembre de 1705, al salir de misa en Atonilco, un indio tarahumar de la misión avisó al alférez Antonio de Rodela que había visto a una decena de enemigos cerca del poblado. Salieron entonces de inmediato tres españoles con 20 tarahumares. Después de recorrer 25 leguas (unos cien kilómetros) siguiendo las huellas de los indios, en la madrugada del día siguiente avistaron una lumbrada y entablaron una muy desigual pelea con tres indios, dos de los cuales murieron en el combate. Cogieron preso al tercero que decía ser hijo de El Ratón,¹⁹ el jefe de los acoclames, quien había nacido en la Sierra de Batuecas y recibido el bautizo en San Francisco de Conchos. Dijo haberse criado en las sierras con los cocoyomes y *jexet*, o hijos de las piedras y de la tierra, así como con los gavilanes, una parcialidad de los cocoyomes.

Además de las numerosas muertes atribuidas a los acoclames, estaban la de tres franciscanos capturados y ultimados cerca de Monclova; perdió la vida el padre comisario, por viejo, grueso y gordo, «porque se había de cansar» al caminar, así como otros dos, cuando murió uno de los atacantes indios que había recibido una bala disparada por uno de los franciscanos, que tenía escondida en la manga. Tomaron los hábitos de los padres y los escondieron en la cueva de la Sierra Azul, a seis leguas de Coahuila, pero no se los pusieron porque «traían mala suerte» y podían morir. Regalaron los sombreros a uno de los jefes.

17. Dar tlatole significa preparar un enfrentamiento; viene del náhuatl tlatoli, que significa «el que habla». Aparecen varios grupos de indios que corresponden al parecer a distintas rancherías; en 1704 se reunieron, por ejemplo, los sisimbles, taimamares, tripas blancas, texames, cotomamares, caguataiolilas, mizcales, gaucales, cagualtabate, salayo, coacuchos.

18. AHMPFC:C11.13.145, 1708. «Sobre la paz que vinieron a dar los indios acoclames».

19. AHMP.C11.13.138, 1708. En realidad no era su hijo: «él no es hijo del Ratón que lo tenía y estaba con él como si fuera su padre como tienen los cristianos y españoles otros que crían y enseñan consigo y los quieren como hijos».

20. AHMP.FC.C11.13.144, 1707. «Autos hechos por el general Juan Fernández de Retana contra el indio Rafael de nación chizo y por fuga de los chizos de Conchos».

21. AHMP.FC.C11.13.145, 1708. «Sobre la paz que vinieron a dar los indios acoclames».

22. AHMP.FC.C11.14.158, 1715. «Autos de guerra contra los indios cocoyomes y acoclames».

En 1707, los chizos huyeron del presidio de San Francisco de Conchos después de haber estado reducidos allí durante cuatro años. Lograron alcanzar los españoles a algunos fugitivos, que mandaron a la cárcel de Parral para interrogarlos. Al igual que los acoclames en 1698, se habían ido del presidio porque pensaron que los iban a matar en venganza por la rebeldía de los indios de su misma nación.²⁰ Desde aquel entonces, los colonizadores emprendieron varias campañas punitivas para acabar con ellos. En 1708, los acoclames pidieron de nuevo la paz, pero finalmente no llegaron a asentarse, a pesar de los regalos que les dieron los españoles, porque no se pusieron de acuerdo entre ellos.²¹

Los chizos prácticamente desaparecieron en 1711, después de que Antonio Deza y Ulloa, gobernador de la Nueva Vizcaya y fundador de la villa de San Felipe El Real de Chihuahua, los enviara junto con acoclames y cocoyomes en collera a la ciudad de México para que trabajaran en obrajes y trapiches. El grupo ha de haber sido particularmente numeroso, porque estaba custodiado por cien personas, entre soldados de los presidios e indios auxiliares. El gobernador los había tomado a traición. Después de haber aceptado sellar la paz con ellos, apresó de sorpresa a los que ya estaban establecidos en asentamientos bajo control colonial. Esta felonía, que quedó grabada en la memoria de todos los indios, tuvo graves consecuencias durante décadas y, aun con mayor razón que antes, cualquier rumor que corría acerca de un posible ataque de españoles sobre rancherías de paz provocaba la huida inmediata de todos. Al resto de los cocoyomes se los redujo en el presidio El Pasaje en 1712, pero se dieron a la fuga poco después.²²

Dado que los asaltos continuaban, en 1715 el gobernador Manuel de San Juan de Santa Cruz emprendió una campaña contra los cocoyomes y acoclames. Reunió 70 soldados de los presidios, y 95 indios amigos, para perseguir a los que habían huido de Cerro Gordo y matado a 11 soldados en el paraje de Agua Nueva. Salieron el 4 de septiembre, recorrieron el camino entre Sierra Mojada y Acatita de Baján, y volvieron el 27 del mismo mes. Mataron a 80 indios y tomaron a 20 prisioneros, la mayor parte mujeres. Los indios pidieron la paz, pero finalmente huyeron, al igual que en ocasiones anteriores.

El 19 de enero de 1716, salió también del Valle de San Bartolomé para castigarlos el capitán de la compañía de campaña, Juan

de Salaices, con 74 soldados y la enorme cantidad de 280 indios auxiliares entre tobosos, tarahumares y gente del norte. Los españoles tuvieron un enfrentamiento con los rebeldes en la sierra de Conula, en el que fallecieron 7 indios y regresaron al valle de San Bartolomé el 4 de febrero con 22 cautivos de la «chusma» (así llamaban a las mujeres y niños de los indios). En el ínterin, el 23 de enero, los indios se habían llevado la caballada del presidio de Cerro Gordo. En Parral, las autoridades interrogaron a los cautivos para saber cuántos eran los enemigos cocoyomes, que los presos contaron con granos de maíz, llamándolos por su nombre. Llegaron a la conclusión de que los cocoyomes eran un centenar y andaban con los coahuileños desde hacía un año, pero no tenían ninguna intención de pedir la paz después de la trampa que les había tendido Antonio Deza y Ulloa en 1711. Se decía que los acoclames, desde aquel entonces, prácticamente se habían acabado. El 2 de febrero de 1716, los cocoyomes finalmente se rindieron y se hizo un intercambio de cautivos: dos niños gentiles contra la hija de ocho años del mayordomo de la hacienda de La Zarca. Los españoles los asentaron en Atotonilco pero se regresaron al poco tiempo a su tierra, llevándose caballos, maíz y ropa. El 24 de abril siguiente, los pocos acoclames, con los que se encontraban coahuileños, pidieron también la paz; no tenían que comer y muchos habían muerto de viruela.²³

El 9 de junio se organizó una nueva expedición contra los sublevados que habían matado pastores cerca de Indé y robado caballos. En el Pozo Hediondo, donde los indios tenían su ranchería, encontraron el lugar desierto y nueve «muertos frescos de viruela»: «se reconoce que iban huyendo de la enfermedad porque iban dejando huacales y otros trastes y quebrando las ollas y trasquilándose muchos de ellos de donde se afirma ser mucha la enfermedad». Los indios se cortaban el pelo en señal de duelo.

El 20 de junio hallaron en otra ranchería armas, carcajes, costales de gamuza destrozados y cuerpos amortajados con telas robadas. En las cabeceras de los cuerpos habían colocado algunos reales y trastecillos del difunto, además de «montones de caderas cortadas con señales de viruela y fuego», a la usanza de las costumbres funerarias de los indios, que no enterraban a los occisos. Los españoles estimaron que estaban huyendo de 600 a 900 indios.²⁴ En octubre, los españoles lograron atacar una ran-

23. AHMP.FC. C11.14.158, 1715. «Autos de guerra contra los indios cocoyomes y acoclames».

24. AHMP.FC. C11.14.158, 1715. «Autos de guerra contra los indios cocoyomes y acoclames».

25. AHMP.F.C. C11.14.158, 1715. «Autos de guerra contra los indios cocoyomes y acoclames».

26. AHMP.C.11.015.165, 1717. «Sublevación que intentan hacer los indios chizos, sisimble y demás sus aliados contra la real Corona», y C.11.015.164, 1717. «Comunicaciones oficiales referentes a lo que hacen los indios enemigos de las naciones acoclame, cocoyome, chizo, sisimble y sus aliados».

chería y distribuyeron en las haciendas de Parral a una veintena de cautivos de la chusma, de entre 2 y 15 años, tomados en las ranherías de los alzados.

El 28 de diciembre de 1716, Juan Lomas, el jefe de los cocoyomes, pidió de nuevo la paz, así como 20 cargas de harina y 150 arrobas de carne para su gente. Se asentó de nuevo a los cocoyomes en el presidio de El Pasaje, pero no bajaron todos dados de paz, en particular los coahuileños, que andaban con ellos porque estaban divididos.²⁵

En 1717 ocurrió otra «sublevación» de indios sisimble y chizos, que huyeron de San Francisco de Conchos, mientras que los cocoyomes y acoclames se mantuvieron en paz. El gobernador Manuel de Santa Cruz, junto con 30 indios conchos de San Francisco de Conchos y de Atotonilco, organizó una batida de tres días hasta alcanzar a los fugitivos en las salinas de Jaco, cuando éstos trataban de llegar a la tierra de los chizos. Los españoles identificaron a los huidos en esa expedición como cocoyomes y acoclames por las huellas que dejaban sus «cocles» (huaraches). Fueron tomados presos 24 mujeres y niños, y repartidos en las haciendas.²⁶ A sus captores no les importó reconocer que no eran los mismos que habían huido de Conchos. Sólo por no encontrarse en tierras bajo control español, eran sospechosos y se los destinaba al cautiverio de manera sistemática.

Cuando Martín de Alday obtuvo el cargo de gobernador en 1720, negoció la paz con las naciones enemigas, como lo hacía cada nuevo gobernador al asumir el puesto. En marzo del mismo año, Jerónimo Jáquez, un indio gavilán, natural de Cuencamé y compadre del capitán Antonio de Rodela, quien había sido capitán de la compañía volante, fue a pedir la paz con otros indios en calidad de mensajero. Los gavilanes conformaban una parcialidad de los indios cocoyomes. No tenían para comer y «corrían mesteñas»; es decir, ganado silvestre para poderse sustentar. Esperaban que el capitán Rodela les diera bastimento para alimentarse. Fue tal vez idea de este último aconsejar a los indios que pidieran la paz al nuevo gobernador. Se dirigieron primero al sargento de la compañía volante, en el Valle de San Bartolomé, quien los mandó a Parral para que hablaran directamente con Martín de Alday. Les dieron los tradicionales regalos: frezadas, dos varas de bayeta a cada uno, un cuchillo y un sombrero con un listón azul,

tabaco, un cuadernillo de papel, cuatro tortas de pan. Es probable que soldados de la compañía volante los acompañaran a Parral para que no fueran molestados.

Jerónimo Jáquez representaba al capitán Juan Lomas, y con él iban el hijo de Lomas, que era gentil, así como el capitán Ventura y el capitán nombrado El Gallo, que no era tampoco cristiano. Ventura era mestizo, natural del presidio de Conchos; había sido tomado preso a la edad de 14 años y desde aquel entonces permaneció con los indios, a los cuales se hallaba asimilado. El jefe de los gavilanes, Diego El Ratón, se encontraba preso en Parral junto con otros de su misma nación acoclame y los mensajeros pedían su liberación. Se menciona en ese documento que Rodela «los conoce a todos (los acoclames) porque les entiende la lengua».²⁷ En cuanto al alférez Diego de Estrada, vecindado en Parral, que era soldado de Cerro Gordo en 1705 y sirvió de intérprete en el proceso del indio acoclame reseñado arriba, hablaba también el cocoyome pero no perfectamente, puesto que sus traducciones fueron impugnadas, como se señaló antes. Al mensajero le entregaron regalos: frezadas, sombrero, cuchillo, chancaca (azúcar de caña), tabaco, tortas de pan.

Los indios estaban esperanzados porque conocían a Alday desde hacía muchos años; ya este último había sido capitán del presidio de El Pasaje y le pidieron perdón para que liberara a los suyos. Dado que el gobernador les dijo que no estaba en su poder levantarles el castigo, acordaron entonces ir a hablar con el virrey custodiados con dos soldados y con los viáticos necesarios pagaderos en la caja real. Los chizos habían hecho lo mismo en 1703. Fueron a México el hermano del cocoyome Juan Lomas, que era gentil, y otros seis indios. El objetivo era también obtener tierras y agua para establecer un pueblo. En señal de buena voluntad, a los nueve presos en la cárcel de Parral el gobernador «les quitó las prisiones»; es decir, les quitó la bola de hierro que tenían amarrada con una cadena a uno de sus tobillos para impedir su huida.

Para sellar la paz, se llevó a cabo un intercambio de cautivos «por ser el principal pactado en las paces». Los españoles rescataron a seis muchachos de seis a diez años, pagando un rescate de 31 pesos en ropa («el atractivo de estas naciones») para cada cautivo. A los indios se les devolvieron algunos parientes que «estaban en depósito en casa de vecinos» y había apresado el

27. AHMP.FC.C11.016.173, 1720.

«Diligencias para la paz que ofrecen los indios acoclames, por el general Martín de Alday, gobernador».

capitán de Conchos; pero una india grande no quiso regresar con los suyos e imploró con lágrimas quedarse con su amo, con el que se había acostumbrado. Con los indios andaban también un mulato y un negro esclavo que los cocoyomes prometieron regresar a sus amos del Valle de San Bartolomé.

Los cocoyomes le dieron también al gobernador en regalo nueve muchachos de su nación, y lo invitaron a visitar su rancharía, que se ubicaba en una cieneguilla, a cuatro leguas del presidio del Cerro Gordo y que había sido reunida en parte por el mestizo Ventura. Otros cocoyomes estaban en la hacienda de Cobadonga, cerca del presidio de El Pasaje, que pertenecía al marqués de Altamira. Dado que prometieron estar de paz, el gobernador, al que acompañaban diez soldados, se comprometió por su parte a darles de cinco a seis reses semanales para su sustento, y harina que Alday mandó traer en ocho mulas de la hacienda de La Zarca. El que la hizo de intérprete fue un mulato que hablaba los idiomas acoclame y cocoyome. Les entregaron también ropa, así como un crucifijo y dos pequeñas imágenes en lámina. Pero no habían transcurrido dos meses cuando el gobernador les ordenó en julio ir a pelear contra los indios que se habían rebelado en el Río del Norte a cien leguas de distancia.

Varios hombres de experiencia en la frontera aconsejaron al gobernador no confiar en ellos como indios auxiliares y no partir en persona a la campaña, y que bien podía conducir en su lugar el capitán Beasoain, del presidio de Conchos, o el capitán Leziaola, del presidio de El Gallo. Los cocoyomes habían mostrado ser «inconstantes», y entre ellos se encontraban más de 50 indios coahuileños «de tan mala raza y propiedad como los cocoyomes».

Esas acusaciones estaban fundadas y los acontecimientos futuros demostrarían que los españoles tenían razón en desconfiar de los indios. Después de la temporada de lluvias, cuando la caza-recolección se volvía posible y los aguajes permitían desplazarse con mayor facilidad en el desierto, todos los indios que habían acordado la paz huyeron de los lugares donde se habían asentado, robándose todos los animales que pudieron. El 9 de noviembre se llevaron la caballada del presidio de Mapimí (80 caballos), que estaba al cuidado del capitán Berroterán, quien quedaría posteriormente encargado del presidio de Conchos. En

Cerro Gordo ya se habían ido también los indios cocoyomes y acoclames establecidos en el presidio.

Los acoclames que se habían asentado en la hacienda de Santa María de Atotonilco, donde estaba el capitán Rodela, que los «tenía por huéspedes» desde el mes de marzo, huyeron en diciembre con toda la caballada, que constaba de un centenar de bestias. Dejaron huellas en dirección de la Sierra Mojada. Recomendó el gobernador al capitán de la compañía volante tenerlos en la mira, enviando espías; pareció querer cooperar el capitán cocoyome Juan de Lomas, quien quedó en mandar traer a los desertores de la sierra de Chocacueca, en la tierra de los chizos, donde se sospechaba que se habían escondido los fugitivos. Para entonces, se volvió a poner prisiones a los indios que estaban en la cárcel de Parral. Pero Ignacio de Sillas, el cabo de los soldados de la compañía volante que asistía en la cárcel del real, ya había soltado a 24 de ellos por orden del virrey, el marqués de Valero, quien había recibido a la delegación de cocoyomes y acoclames y, por real provisión del 5 de noviembre de 1720, los consideró «en alianza», por lo que hubo que liberarlos a todos. El 8 de enero de 1721, la orden se ejecutó a pesar de la huida de los indios y del robo de la caballada.

En 1721, el capitán de la compañía volante, Gaspar de Cosío, se encargó de organizar la campaña contra los indios rebeldes, por orden del gobernador Martín de Alday. Los indios enemigos acababan de llevarse 200 caballos de la hacienda de San Marcos, en la junta de los ríos San Pedro y Conchos (donde se ubica ahora Ciudad Camargo).²⁸ Los presidios de El Pasaje, El Gallo y Cerro Gordo enviaron diez soldados cada uno; el presidio de Conchos, donde se reunieron los alimentos para la campaña, aportó 25 soldados. En esta ocasión, como en todas las demás, la cantidad de indios excedía por mucho el número de soldados. Había 331 indios auxiliares en total. Para contar con el bastimento necesario, fue menester reunir 400 arrobas de carne seca que hubo que preparar, y harina (de maíz) para racionar a los indios auxiliares. El gobernador tuvo que posponer la salida del 18 de octubre al 11 de noviembre para poder alistar la carne y esperar que terminara de levantarse la cosecha de maíz. Se utilizaron recuas para transportar los víveres. Los indios auxiliares provenían tanto de misiones

28. AHMP.FC.C11.017.177, 1721. Milicia y guerra. Sediciones. «Diligencias hechas para las providencias que se han de tomar contra los indios enemigos, por el ataque que hicieron a la villa de Santiago de Monclova, en la provincia de Coahuila».

29. Siguiendo el orden de la lista en la que aparecen los indios enrolados, se mencionan los pueblos siguientes: Coyachi, Napavechi, Cusihuirachi, Sainapuchi, Santa Cruz, Norogachi, Papigochi, Santa Ana, San Lorenzo, San Francisco Javier, San Andrés, Pahuirachi, Saguarichi, San Jerónimo y Chuvísar, San Bernardino, La Concepción, Guadalupe y Babonoyaba, San Borja, Las Cuevas, Satevó, Nonoaba, Temeichi, San Felipe, Santa Cruz, San José, La Joya, Humariza, Atotonilco, San Pedro de Conchos, Santa Cruz de Julimes, Nombre de Dios, Santa Ana de Chinarras, San Francisco de Conchos y Cinco Señores.

jesuitas como franciscanas. Los misioneros tenían que hacerlos cumplir con su obligación de apoyar las fuerzas armadas del rey, como en todas las ocasiones en que se trataba de reducir a los indios rebeldes.²⁹

Toda la campaña terminó en un rotundo fracaso porque no había suficiente agua en los aguajes para que abrevaran los animales, y se propuso reiniciarla en tiempo de aguas. Durante la expedición, se despachaban por delante a indios espías encargados de reconocer las huellas de los abigeos, pero no cabe duda de que se trataba de una tarea muy difícil a más de un mes de haberse hurtado la caballada. Cabe preguntarse el objetivo que perseguían en realidad los españoles; según fuentes confiables, se trataba de matar o hacer prisioneros a indios que no estaban asentados en pueblos, independientemente del hecho de que hubieran sido o no culpables del robo de la caballada. La campaña duró un mes, entre el 7 de noviembre, cuando salió toda la tropa de Conchos, y el 6 de diciembre, fecha en la que desde sierra de Encinillas los indios auxiliares regresaron a sus respectivos pueblos. Esta vez la tropa se dirigió hacia el septentrión. El campo alcanzó la sierra de La Candelaria, donde suspendieron la marcha. Además de los indios auxiliares, guiaba al ejército el soldado de la campaña volante Ventura Ruiz, quien había estado «algunos años cautivo entre dichos indios» y conocía muy bien los aguajes. Se recorrió una distancia que el capitán del presidio de San Francisco de Conchos, José de Besoain, estimaba en 72 leguas (unos 228 kilómetros), entre el presidio y la sierra de La Candelaria, aunque en realidad la distancia era de cerca de 300 kilómetros.

José Gabriel Sánchez de Sarmiento, comandante de la campaña volante de campaña del reino, encabezó en 1722 una nueva campaña en contra de los indios tobosos y sus aliados, que habían arrasado con el presidio de Santa Rosa de los Nadadores, donde ultimaron a todos sus habitantes antes de atacar Monclova y el vecindario de Parras, causando también algunas muertes. También pereció en esa contienda el teniente general del reino en la provincia de Coahuila. La pequeña tropa que salió de Parras en persecución de los agresores fue derrotada; los que no fallecieron en combate fueron tomados presos. Los indios rebeldes, llamados a veces tobosos a secas, fueron identificados como cocoyomes, acoclames, sisimble, tripas blancas y coahuileños. En febrero,

el gobernador de la Nueva Vizcaya nombró a José de Sarmiento comandante de la compañía de campaña para que encabezara la expedición punitiva y redujera a los rebeldes a la obediencia de Dios y del rey, congregándolos en poblados bajo control español.

A pesar de haber reunido tropas y haberlas conducido hasta el presidio de El Pasaje y Saltillo, desde donde persiguieron en julio a los indios enemigos en la región de Mapimí, La Laguna de Parras y Coahuila,³⁰ la primera campaña de José Sarmiento no fue exitosa porque el exceso de lluvia impidió librar batalla a los enemigos. Los indios alzados huyeron hacia San Javier (probablemente Río Florido, actualmente Villa Coronado, Chih.) y Cañas (Torreón de Cañas, Dgo.). Sin embargo, Sarmiento logró liberar el 22 de julio a cinco o siete habitantes de Parras (los testimonios no concuerdan) que habían sido tomados cautivos por el enemigo. Se pagó su rescate con ropa que entregó el mercader de Parral Juan Blanco al comandante, el cual cubrió el gasto con su dinero personal. Finalmente, el 28 de julio, en Atotonilco, se apresó a toda la nación coahuileña, que fue atada en collera y conducida a la cárcel de Parral.

Sin embargo, seguían en armas los acoclames y los cocoyomes. Para su segunda campaña, José de Sarmiento reunió una cantidad considerable de hombres, mandó traer a 200 tarahumaras de arco y flecha, y 300 más de otras naciones que radicaban en pueblos cercanos a Saltillo, donde estableció su ejército. Estaba, además, al mando de cien soldados de presidios y una cantidad indefinida de vecinos de la región de San Bartolomé. El ejército se componía, por lo tanto, de más de 600 hombres listos para una campaña de tres meses; es decir, que contaban con el bastimento suficiente de carne y harina para subsistir durante todo ese tiempo, y recuas de mulas para transportarlo.³¹ El 13 de noviembre localizó la ranchería de los indios enemigos en la sierra de Corrales (al sureste del actual Valle de Allende, Chih.). Les ordenó tres veces a los alzados rendirse para salvar su vida, y ante la falta de respuesta les libró una batalla sin cuartel en el sitio de Zapata (hoy Zapata, Chih.), donde murieron «dos capitanes con la gente de sus escuadras» y tomaron vivos a un cabo y seis combatientes más, que apresaron junto con «la demás gente que llegó», probablemente mujeres y niños.

Fueron reducidos al cautiverio los dos generales de las nacio-

30. AHMP.FC.C11.019.205, caja 160, exp. 205. Milicia y guerra. Sediciones. «Diligencias del gobernador López de Carbajal». Valle de San Bartolomé, 17 de agosto de 1725; AHMP.FC.C1.1.18, caja 1, exp. 18. «Consulta por Martín de Alday sobre las contribuciones de los vecinos para gastos de paz y guerra así como el cobro de las alcabalas para el resguardo de los caminos». Parral, 28 de agosto de 1721.

31. AHMP.FC.C11.019.205, caja 160, exp. 205. Milicia y guerra. Sediciones. «Diligencias del gobernador López de Carbajal». Valle de San Bartolomé, 17 de agosto de 1725; AHMP.FC.C1.1.18, caja 1, exp. 18. «Consulta por Martín de Alday sobre las contribuciones de los vecinos para gastos de paz y guerra así como el cobro de las alcabalas para el resguardo de los caminos». Parral, 28 de agosto de 1721.

32. AHMP.FC.D33.23.180, caja 20, exp. 180. Justicia. «Juicio de residencia del general don Martín de Alday». 9 de septiembre de 1722. La devoción a la Virgen del Rayo se inició en 1680 en Parral, cuando, a pesar de haber recibido un rayo que destruyó parte del templo de la Candelaria, la imagen permaneció intacta. Fue rebautizado con su nombre el antiguo templo que estaba situado en el barrio de los yaquis.

33. AHMP.FC.11.018.186, 1723. Milicia y guerra. Sediciones. «Testimonio de los autos que se fulminaron por la sublevación y pacificación de los indios de nación tacuitatomes, alias chizos».

nes involucradas: don Juan Lomas y don Diego El Ratón. Estos personajes eran sin duda indios ya evangelizados que se habían levantado en contra de sus opresores; el primero era cacique de la «nación» cocoyome y el segundo, de los acoclames. Lomas y El Ratón tenían nombres españoles, bastones de mando y la bandera que ostentaban los dignatarios de la república de indios. Se anteponía a su nombre el «don» que ostentaban los caciques. La tropa llevó a todos los presos a Parral, con las mujeres y niños «y algunas cabezas de muertos». En el real de San José repicaron las campanas de las iglesias y dispararon los mosquetes al ver regresar a la tropa española victoriosa; se llevó a cabo una ceremonia particular cuando, enfrente de todos los capitanes de presidio y el vecindario, el gobernador hizo entrega al capitán Sarmiento de la bandera tomada al enemigo, la cual fue llevada en ofrenda a la «serenísima emperatriz de los cielos Nuestra Señora del Rayo».³² Se enviaron en collera a la ciudad de México a los indios tomados en la campaña, bajo la custodia de diez soldados de la campaña volante por orden del gobernador Martín de Alday.

En 1723, tocó en turno a los chizos fugarse del presidio de San Francisco de Conchos, donde se encontraban reducidos.³³ Huyeron todos el 13 de mayo; eran en total de 18 a 20 cabezas de familias con sus mujeres e hijos. Avisaron también a los chizos que estaban laborando en las haciendas para que se retiraran al monte de inmediato. Los de Corralejo subieron a lo más alto de la sierra de Almoloya; también huyeron los chizos de la hacienda de Valsequillo, en la jurisdicción del Valle de San Bartolomé y de la hacienda de Bernardo Cortés, en Güejuquilla.

El que causó la fuga general era un indio suma (del Río Bravo), quien le avisó a un indio chizo que Antonio de Trasviña y Retes, el nuevo gobernador, los iba a mandar en collera a la ciudad de México, como acababan de hacer con don Juan Lomas, el cocoyome, y los acoclames y coahuileños que lo acompañaban. Se dice que esos chizos llevaban entonces 37 años en el presidio de San Francisco de Conchos y salió de nuevo a relucir la traición del gobernador Deza y Ulloa, quien había apresado sin ningún motivo a indios que «estaban quietos». El indio suma había oído que un arriero de Zacatecas, que viajaba en compañía del gobernador Trasviña, proyectaba hacer lo mismo. Tres días después, «63 piezas» de chizos sublevados bajaron al presidio cuando el goberna-

dor prometió perdonarlos y afirmó que se trataba de un rumor sin fundamento, que no pensaba apresarlos de ninguna manera. Don Juan de Santa Cruz levantó una información de testigos en la que los indios explicaron las razones de su huida. Además de la falsa alarma causada por Juan de la Cruz, el indio suma, manifestaron su inconformidad con el trato que les daban los franciscanos en las misiones a su cargo.³⁴ Como en otras ocasiones, los motivos de la rebeldía eran múltiples.

El 3 de mayo de 1722, el virrey de la Nueva España expidió una real provisión en la que ordenaba que se atendiese con el mayor cuidado a «la extinción» de los indios acoclames, cocoyomes y chizos que inquietaban la provincia de la Nueva Vizcaya. Los españoles habían ya apresado a 311 y estaban en camino hacia el puerto de Veracruz. El virrey mandó que, dado que muchos morían de viruela en el camino, para evitar el contagio se tenían que juntar en Puebla para enviarlos a La Habana, Santo Domingo y Puerto Rico, donde los gobernadores los distribuirían en las haciendas. Pero ya cerca del puerto la mayoría escapó y volvió a su tierra; sólo embarcaron 92. Aconsejaba el virrey, a pesar de los gastos que esto implicaba, sacar a los indios fuera del continente y que había que seguir con esa política para lograr la extinción de esos grupos de indios para «el total sosiego de la Nueva Vizcaya».³⁵

En 1726, el capitán de la compañía volante redujo a 42 las «piezas», entre gentiles y cristianos, cocoyomes, coahuileños, simbles y chizos. Al año siguiente, 75 cocoyomes se asentaron en Güejuquilla, cuando se esperaba que fueran 140. Una vez más, estaban enfermos y no podían bajar de inmediato de la sierra de Batuecas, donde se encontraban. Pero en esta ocasión no se menciona la enfermedad que padecían. El gobernador creía, por otra parte, que había esperanza de que se extinguieran por completo, dado que se encontraban también ya disminuidos por los combates con los apaches.³⁶

El gobernador de la Nueva Vizcaya, José López de Carbajal, se felicitaba en 1727 de que hubiera desaparecido la mayor parte de las naciones que todavía existían cuando se fundaron los presidios, a finales del siglo xvii. Se mencionaban entonces 84 naciones diferentes, mientras que menos de medio siglo después sólo quedaban tres: los cocoyomes, los acoclames y los chizos;

34. AHMP.FC.11.018.186, 1723. Milicia y guerra. Sediciones. «Testimonio de los autos que se fulminaron por la sublevación y pacificación de los indios de nación tacuitatomes, alias chizos».

35. AGI, Guadalajara 233, L. 11, 195v-198r, 1722. Agradezco a Roberto Baca haberme indicado ese documento.

36. AHMP.FC.11.019.210, 1727. «Diligencias de paz ejecutadas por el gobernador José López de Carbajal con las naciones de chizos, coahuileños y cocoyomes».

37. Sobre la cronología de las epidemias con base en los registros parroquiales, ver Cramaussel, 2013:240-270.

ya no menciona a los sisimbles. Afirmaba el gobernador que si se hubieran organizado campañas anuales como se había planeado en un primer momento, se encontrarían ya exterminados. Recordaba que el propio virrey, en 1722, había ordenado «conseguir su reducción o extinción» y que ésta estaba a punto de lograrse.

CONCLUSIÓN

El exterminio de los indios chizos, sisimbles, cocoyomes y acoclames se debió a varios factores. El peso de las enfermedades, y en particular de la viruela, aparece de manera casual en la documentación en fechas en las que no cundía ninguna epidemia de importancia en los asentamientos bajo control colonial.³⁷ Ésta es una causa de la disminución de la población nativa que debe estudiarse con mayor profundidad.

La asimilación, a la que se ha atribuido la desaparición de los conchos (Griffen, 1979), jugó sin duda un papel fundamental en los pueblos probablemente de origen prehispánico que se transformaron en misiones a lo largo del río Conchos y de sus afluentes. Pero en el caso de los conchos que habitaban las sierras del altiplano desértico y dependían sobre todo de la caza y recolección, actividades que los obligaban a llevar una vida nómada, las campañas de exterminio fueron las que acabaron con ellos. Su extinción era el objetivo explícito de los españoles, que deportaron en masa a los conchos del desierto en varias ocasiones. Además, esos indios les sirvieron en determinados momentos de auxiliares para luchar contra los rebeldes de su misma nación, y murieron también a veces en combate.

Chizos, sisimbles, cocoyomes y acoclames no conformaban grupos muy grandes. La cifra más alta encontrada en la documentación es la de 900 personas, por lo que es de suponer que no rebasaban en total las 5 000, una cantidad mucho menor, desde luego, que la de población bajo control colonial, pero suficiente para tener en zozobra al vecindario, que no podía transitar por los caminos sin correr el peligro de ser atacado. La superioridad numérica de la sociedad colonial era indudable: tan sólo en las jurisdicciones de San Bartolomé y Parral había más de 10 000 habitantes a principios del siglo XVIII. A estas personas habría que añadir todavía la población de San Francisco de Conchos, Santa

Bárbara, San Francisco del Oro, y los asentamientos coloniales de los actuales estados de Durango y Coahuila, que estaban a orillas del Bolsón, sin contar con los conchos y los tarahumaras de las misiones y los indios auxiliares de los presidios que participaron activamente en todas las entradas contra los rebeldes. Fueron cada vez centenares de «indios amigos» los involucrados en esas campañas.

Una última causa de exterminio de los conchos del desierto fueron los ataques de los apaches que competían con ellos por los bisontes, y tal vez también por la sal. Es posible, además, que los últimos conchos del desierto se integraran a ellos. Los apaches comienzan a mencionarse en la documentación relativa al sur del actual estado de Chihuahua en los años veinte del siglo XVIII, pero su presencia se hace constante en la segunda mitad de la centuria. Un siglo después fueron desplazados por los comanches. Pero éstos son otros capítulos de la historia del altiplano central del norte de México.